

La crisis económica española. De la burbuja a la recuperación
Ángel Arrese
9

Comunicación política en tiempos de incertidumbre
Marta Rebolledo
15

Inequality strikes back
Antonio Moreno Ibáñez
20

La empresa privada y el populismo
Vicente Carrillo-Batalla L.
25

Por qué fracasan tantos cambios en las empresas
Antonio M Sastre
31

EyH Ideas
35

Noticias del Instituto
42

Para continuar el diálogo
44

La crisis económica española. De la burbuja a la recuperación

DIEZ AÑOS DESPUÉS DE LA GRAVE CRISIS ECONÓMICA Y FINANCIERA QUE HA AZOTADO A ESPAÑA Y A LA ECONOMÍA MUNDIAL MERECE LA PENA ECHAR LA VISTA ATRÁS, Y RECORDAR ALGUNOS EVENTOS CENTRALES DE ESTE PERÍODO.

ÁNGEL ARRESE

Se ha escrito mucho sobre las causas y consecuencias de la crisis, tanto desde perspectivas académicas como profesionales; se sigue trabajando en la clarificación y depuración de responsabilidades (está en marcha en el Congreso español, por ejemplo, una Comisión de Investigación sobre la Crisis Financiera); y continuamos viviendo muchos fenómenos y acontecimientos –políticos, sociales, económicos– que se derivan (o para muchos, forman todavía parte) de esa crisis. Por ese motivo, en este artículo se pretende recordar la crisis desde otra óptica, más pegada quizá a lo que el ciudadano medio podría denominar como los “discursos” de la crisis, las explicaciones simples y sencillas que en distintos momentos acapararon su atención y el debate en la opinión pública.

Este acercamiento a la “narrativa económica” de la crisis está en línea con el creciente interés que tiene para la Economía comprender las historias sencillas con las que los ciudadanos interpretan las situaciones económicas de cada momento, y que les sirven de marco para crearse expectativas, tomar decisiones, etc. Robert J. Shiller, que junto con Eugene Fama y Lars Peter Hansen, recibió en 2013 el Premio

Sveriges Riksbank en Ciencias Económicas en Memoria de Alfred Nobel, habló este año en la Conferencia inaugural de la American Economic Association precisamente sobre la importancia de la “economía narrativa”, a la que se refirió con estas palabras: “Uso el término narrativa para referirme a la historia simple, a la explicación expresada con sencillez, que mucha gente utiliza en las conversaciones, en las noticias o en los medios sociales, bien para estimular el debate, la preocupación o las emociones en los demás, o bien para hacer avanzar ideas que expresan su propio interés. Tal y como yo (y también muchos otros) utilizan el término, una narrativa es una gema para conversar, y muchas de ellas toman la forma de un relato extraordinario o heroico, o incluso pueden tomar la de un chiste. No suele ser una historia investigada, y muchas presentan evidentes lagunas, como sucede con las ‘leyendas urbanas’. La forma de esas narrativas varía con el tiempo y con las tramas, pero mantiene elementos básicos contagiosos, que hacen que se difundan con éxito. (...) Las mutaciones en esas narrativas surgen a menudo aleatoriamente, como sucede en los procesos biológicos evolutivos, y cuando realmente son contagiosas, esas historias pueden generar cambios imprevisibles en la economía”.

A lo largo de este artículo, se trata de acercarnos a algunas de esas pequeñas historias – sintetizadas casi en eslóganes– que han sido las explicaciones que en cada momento de la crisis el ciudadano medio ha utilizado, con la inestimable ayuda de los medios de comunicación y de diversos agentes de la vida pública, como marco de referencia para entender la situación económica y su evolución (o al menos, conversar y debatir sobre todo ello).

LA CRISIS ESPAÑOLA

España ha vivido la crisis económica y financiera de una manera algo distinta a otros países (ya se sabe, *Spain is different*). Por una parte, la crisis financiera se manifestó más tarde y sin tanta virulencia que en otros lugares (en España no tuvimos un Northern Rock o un Lehman Brothers, y en 2007 aún éramos una “economía milagro”); por otra, cuando la crisis llegó, lo hizo sobre todo como crisis económica, con un extraordinario deterioro de la actividad y del empleo, y un gran descalabro de las finanzas públicas; finalmente, cuando ambas realidades confluyeron, la agudeza de la crisis fue muy superior a la de otros países. Sin lugar a dudas, el epicentro de la crisis española lo podemos localizar en el pinchazo de la “burbuja inmobiliaria”, cuyas consecuencias en la



actividad económica, en el sistema financiero, y en las finanzas públicas y privadas han sido catastróficas. No podía ser de otra forma en un país en el que según los expertos –aunque hay discusión sobre esto– el sector de la construcción suponía en torno al 18% del PIB. Por eso, en el repaso que sigue a continuación sobre las pequeñas narrativas de la crisis, hay que empezar por la burbuja y en especial por el reconocimiento o no de su existencia entre 2003 y 2007.

¿HAY “BURBUJA INMOBILIARIA”? (2003-2007)

Desde 2003, en España se produjo una viva discusión en torno a la existencia o no de una burbuja inmobiliaria, en gran

medida como consecuencia de la alerta sobre tal fenómeno en ciertos medios internacionales (en especial *The Economist*) o por parte de instituciones como el Fondo Monetario Internacional. Ministros del gobierno conservador de José María Aznar, con Rodrigo Rato al frente, expertos en el sector, hombres de negocios y banqueros, entre ellos el presidente del Banco Santander, Emilio Botín, negaron en todo momento que el fenómeno de elevación de precios de la vivienda en España pudiera calificarse como burbuja, lo que habría supuesto reconocer los gravísimos riesgos que su explosión podría acarrear. Aunque el partido socialista, entonces en la oposición, llegó a hablar de burbuja, tras su victoria electoral en 2004 también evitó

Sin lugar a dudas, el epicentro de la crisis española lo podemos localizar en el pinchazo de la “burbuja inmobiliaria”

utilizar dicho concepto, reconocer esa realidad, defendiendo –incluso con la creación de un Ministerio de la Vivienda–, la posibilidad de una desaceleración paulatina de la escalada de precios.

El interés institucional en no reconocer la existencia de una burbuja, y de no hablar por tanto de las perversas consecuencias de su posible explosión, no silenció la utilización del concepto en los medios ni las discusiones más o menos regulares sobre el tema. En un estudio que estamos llevando a cabo en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra se verifica que entre 2003 y 2008 hubo casi 2.500 artículos en los que se utiliza expresamente el término “burbuja



inmobiliaria”, publicados en cinco diarios influyentes (los tres diarios generalistas más importantes, *El País*, *El Mundo* y *ABC*, y los dos económicos, *Expansión* y *Cinco Días*). Por supuesto, hubo muchísimos más sobre el sector inmobiliario, sobre la evolución de los precios de la vivienda, etc. Aunque la discusión se relajó entre 2004 y 2006, la amenaza de la burbuja nunca dejó de estar en la mente de ciertos comentaristas y expertos en las páginas de esos periódicos, y tampoco en la de muchos ciudadanos que comentaban la situación extraordinaria del mercado inmobiliario en sus charlas de café.

“ECONOMÍA DE ‘CHAMPIONS LEAGUE’” O ECONOMÍA EN CRISIS (2008)

Entre finales de 2007 y la primera mitad de 2008, coincidiendo con la crisis hipotecaria estadounidense, se consuma en España el pinchazo de la burbuja, con una

caída de las ventas de viviendas del 72% en el primer trimestre de 2008 y con la simbólica quiebra en julio de la primera empresa constructora del país, Martinsa-Fadesa. Ya en febrero de ese año, los medios hablaban abiertamente de desplome del mercado inmobiliario y de sus nefastas consecuencias económicas. Durante casi un año, el debate económico en la opinión pública giró en torno a la perspectiva de crisis de la economía española. En septiembre de 2007, el presidente Rodríguez Zapatero pronunció su famosa frase de que la economía española estaba en la “*Champions League*” de las economías mundiales. Mantuvo tal imagen de fortaleza económica en las elecciones generales de 2008, donde defendió que no había riesgo de crisis económica; en junio de ese año, cuando los medios y la opinión pública hablaban abiertamente

de crisis, dijo “que era opinable que hubiera crisis”, y que había que evitar juicios catastrofistas y antipatrióticos. Finalmente, en agosto, ante la insistencia de los periodistas al utilizar el concepto de crisis en repetidas ocasiones, en una larga entrevista en televisión, reconoció que se podía hablar de crisis económica, “como ellos la denominaban”. Y por supuesto, después llegó Lehman Brothers.

‘GREEN SHOOTS’ (2009)

En octubre de 2008, aceptada ya la situación de crisis y ante el cataclismo financiero generado por la quiebra de Lehman, el Presidente Zapatero reunió a los principales editores de medios para pedirles moderación, para que evitaran dar una visión catastrofista de la situación -como la que, en opinión del gobierno, estaban dando-. Al mismo tiempo, se debía comunicar a la ciudadanía la fortaleza del sistema bancario español -a diferencia del de otros países-, y la capacidad de respuesta de la economía española ante la crisis. Una crisis, por otra parte, que él preveía breve. Quizá la mejor metáfora de esa posición fue la rápida utilización, por parte de la Ministra de Economía, Elena Salgado, de la imagen de los “brotos verdes” de la recuperación, en mayo de 2009, poco antes de las elecciones europeas. La ministra dijo: “esperemos unas semanas y se verán los brotes verdes”. Se suponía que los brotes iban a llegar tras un plan de gasto público de 50.000 millones de euros para animar la demanda, en un momento en que ya se superaban los 4 millones de parados.

Tanto los medios, como un creciente número de expertos y de políticos de la oposición, criticaron inmediatamente esa idea de

recuperación. Un editorial del diario *El Mundo* titulaba: “Evidentes brotes secos en la economía” (El Mundo, May 26, 2009). También la prensa extranjera se hizo eco de la desafortunada expresión y de su significado más profundo. *The Economist* escribió: “Spain’s decade of growth has come to a painful end. In contrast to much of Europe, which is home to a few green shoots, Spain’s economy still looks as arid as the meseta” (*The Economist*, July 2009).

De hecho, la referencia a los “brotes verdes” se convirtió en eje del debate sobre la gravedad de la crisis. Sólo entre mayo y diciembre de 2009, en los tres diarios españoles más importantes (*El País*, *El Mundo* y *ABC*) hubo casi 1.000 artículos con referencia expresa a ese término. Por supuesto, el concepto se hizo muy popular y se ha seguido utilizando con cierta ironía para recordar la visión ilusoria del gobierno sobre la crisis en sus primeras fases. En este sentido humorístico, en ambientes conservadores hizo furor la idea de que el gobierno se fumaba los brotes verdes, ...pero brotes verdes de marihuana.

‘SPAIN IS NOT GREECE’ (2010)

Ya en 2010 la gravedad de la recesión era evidente para todos, y saltó al primer plano de la actualidad el problema de la deuda soberana y del diferencial del bono español con el alemán (la prima de riesgo). En febrero de ese año sonaron todas las alarmas sobre la solvencia de Grecia y no cesaron las comparaciones, en especial en la prensa internacional, entre el país heleno, Portugal y España. La pertenencia de nuestro país a un club tan poco popular como el de los PIIGS, tocó la sensibilidad nacional y hubo un eslogan prácticamente aceptado por todos -esta vez sí, gobierno, opo-

sición, medios y otras instituciones- que fue el de “Spain is not Greece”. En mayo de 2010 España estuvo a punto de ser declarada en quiebra, y esa especie de consenso patriótico del “España no es Grecia” (nada que ver con nuestra histórica simpatía por aquel país) favoreció que en la opinión pública -en esta ocasión con bastante apoyo en los principales medios- surgiera una sensibilidad crítica hacia el exterior, hacia la simplona y estereotipada visión de nuestro país en los medios internacionales, hacia las agencias de calificación, hacia unos supuestos “especuladores internacionales”, hacia los malvados mercados y, en general, hacia la perversión estructural de un sistema político y económico incapaz de hacerse cargo de la indignación de la ciudadanía. Tras más de un año viviendo a expensas de los vaivenes de la prima de riesgo, esa cierta reacción ante los factores externos se atemperó, aunque siguieron surgiendo nuevas cabezas de turco, como la denominada alianza “Merkozy”.

QUIZÁ LA BANCA NO ES TAN SÓLIDA COMO UNA ROCA (2011)

Desde el inicio de la crisis, el gobierno, el sector bancario y los expertos defendieron la especial fortaleza del sistema bancario español. A finales de 2008, en un reportaje histórico en *Informe Semanal*, los cinco presidentes de los grandes bancos y cajas, el entonces ministro de Economía, Pedro Solbes, el Gobernador del Banco de España y la Vicepresidenta del gobierno hicieron un solemne alegato a favor de la confianza que había que tener en la fortaleza y solvencia de la banca española. Desde entonces, esa idea, apoyada en el hecho de que en España no se produjeron quiebras o pánico bancario, como en otros lugares, caló durante bas-

||||||||||||||||||||
Ese interés institucional en no reconocer la existencia de una burbuja, y de no hablar por tanto de las perversas consecuencias de su posible explosión, no silenció la utilización del concepto en los medios

tante tiempo en los medios y la opinión pública. Sólo con el paso del tiempo, poco a poco, la crisis bancaria, sobre todo del sector de las cajas de ahorros, fue haciéndose pública, de forma controlada, con un amplio consenso político sobre el modo de afrontarla, y bajo la dirección técnica del Banco de España.

En 2010 llegaron las sorpresas de los *stress tests* de la Autoridad Bancaria Europea (EBA), en los que algunas entidades supuestamente modélicas obtenían un suspenso. Desde entonces, se agudizó el espíritu crítico en torno a estas entidades -sobre todo respecto a las antiguas cajas-, y a lo largo de 2011 se sucedieron una tras otra las noticias trágicas sobre un sistema de cajas de ahorros que para nada mostraba aquella fortaleza televisada por *Informe Semanal* en 2008. Llegaron las fusiones de entidades, el establecimiento de ayudas estatales, la conversión de las cajas -de titularidad pública- en bancos privados, la nacionalización de algunas de ellas, etc. A finales de 2011, S&P rebajaba un escalón la calificación de diez bancos españoles entre los que figuraban Bankia, CaixaBank, Banco Popular, Banco Sabadell y Bankinter, y en diciembre se daba a conocer que los créditos dudosos del sistema financiero superaban los 130.000 millones de euros.

EL RESCATE QUE NO FUE RESCATE (2012)

Al poco de llegar al gobierno Mariano Rajoy, el 3 de febrero de 2012 el Ministro de Economía Luis de Guindos declaraba que España necesitaba 50.000 millones de euros. Pocos meses después, tras la confirmación de que España entraba en recesión, y con

|||||

**“Austericidio”
se convirtió,
por así decirlo,
en el título
o etiqueta
que activaba
la narrativa
que dominó
la discusión
sobre la
crisis y sus
consecuencias
durante
buena parte
del primer
Gobierno de
Mariano Rajoy**

una prima de riesgo desbocada, el 9 de junio de 2012 se anunciaba el acuerdo de la Unión Europea para poner en marcha un rescate bancario de hasta 100.000 millones de euros que el Estado utilizaría para sanear el sistema financiero español a través del FROB. Rajoy y su equipo se volcaron en defender la narrativa del “rescate que no fue un rescate” –o al menos, no un “rescate a la griega”, sino, como lo describió el Ministro de Economía, “un préstamo en condiciones muy favorables, mejores que las del mercado”. Fue el momento en que se fraguó, frente a las insistentes peticiones internas y externas de solicitar un rescate completo para España, la imagen del Presidente de Gobierno como peculiar “Don Tancredo”, como el líder que había evitado el rescate del país con la particular y sabia máxima de que “a veces la mejor decisión es no tomar ninguna decisión”.

AUSTERICIDIO Y CORRUPCIÓN (2013 Y 2014)

Obviamente, el “rescate que no fue rescate” vino acompañado de un intenso plan de medidas de austeridad, que seguían a las ya iniciadas en los últimos meses del Gobierno socialista, con la modificación del Artículo 135 de la Constitución, en aras de conseguir la estabilidad presupuestaria que exigía la Unión Europea. Para entonces, llevaba tiempo incubándose la respuesta ciudadana frente a la crisis, que desde el 15 M de 2011 había mostrado la enorme indignación de grandes segmentos de la población ante la falta de respuestas políticas a la crisis y, en general, ante la incapacidad del sistema para hacer frente a las demandas y necesidades sociales más básicas.

Aunque incluso la Real Academia de la Lengua medió para que se hiciera un uso adecuado del término –que no está en el diccionario-, lo cierto es que “austericidio” se convirtió, por así decirlo, en el título o etiqueta que activaba la narrativa que dominó la discusión sobre la crisis y sus consecuencias durante buena parte del primer Gobierno de Mariano Rajoy. Enrique Gil Calvo, en abril de 2013, escribía en el *El País*: “¿Se está creando por fin el caldo de cultivo de un extraordinario malestar social, que podría llegar a producir un estallido civil por el efecto catalizador del injusto austericidio que nos infligen? Existen múltiples indicios que parecen sugerirlo así, resumibles en los tres siguientes. Ante todo, por supuesto, el ingente auge del paro, que sigue desbordándose por el efecto retardado de la reforma laboral aprobada hace un año. (...) En segundo lugar, el empecinamiento en el austericidio mismo. Ha quedado meridianamente demostrado que la política de ajuste fiscal está contrayendo todavía más la segunda recesión, bloqueando en consecuencia la salida de la crisis. (...) Y en tercer lugar, la estolidez política del Gobierno Rajoy, incapaz de administrar la ruina con un mínimo de inteligencia y empatía ciudadana. Aplica el austericidio que le imponen sus superiores europeos con la sordera moral de un tecnócrata que cumple su deber con rutinaria rigidez”.

El otro capítulo de la narrativa ciudadana sobre la crisis en este período sería el de la corrupción. Mientras millones de ciudadanos padecían penurias laborales, deshaucios, dificultades para pagar los bienes más básicos –como la energía-, e incluso frau-

des –como el de las preferentes-, una tras otra se iban descubriendo tramas de corrupción que afectaban a la clase política, y en especial al gobierno de turno. Los casos de Bárcenas, las tarjetas *black* de Caja Madrid, la trama Púnica, la Gurtel, y un sinfín de desmanes de muy diverso tipo que acababan implicando al *establishment*, casi sin distinción de color político o ideológico, añadían una dimensión trágica a la crisis, entre otras cosas porque muchas de las actuaciones ilegales se habían producido en el escenario de la gigantesca burbuja inmobiliaria que estaba en el origen de gran parte de los males económicos que se padecían en el país. Austericidio y corrupción fueron ejes temáticos centrales del éxito de la materialización del malestar y la indignación en el nacimiento de un partido político como Podemos, que a partir de 2014 revolucionaría el panorama político nacional y autonómico.

RECUPERACIÓN Y FIN DE LA CRISIS, O NO (2015 A 2017)

Las reformas estructurales adoptadas por el Gobierno desde 2012 –en especial la reestructuración del sistema financiero y la reforma del mercado laboral-, la devaluación real vía salarios como consecuencia de la crisis –que ha hecho a los productos y servicios más competitivos en los mercados internacionales-, y un entorno internacional muy favorable para la economía española (caída del precio del petróleo, inestabilidad política en competidores turísticos clave, mantenimiento de una política monetaria expansiva en Europa, etc.) posibilitaron comenzar a introducir a partir de 2014, pero sobre todo de 2015, la narrativa de la recuperación, basada en datos macroeconómicos

muy positivos. España se convertía de nuevo en el país que más crecía y más empleo creaba en la Unión Europea, aunque siguiese mostrando datos de desempleo y precariedad laboral alarmantes, amén de una nada desdeñable fragilidad ante posibles cambios del entorno económico internacional.

Sin embargo, a la narrativa de la recuperación se opone con fuerza todavía el discurso del austericidio y la corrupción, y esa “historia” tantas veces contada de que la visión macro oculta la realidad; oculta el hecho de que las buenas noticias económicas lo son sobre todo para quienes menos las necesitan; de que las mejoras no acaban siendo percibidas en el día a día del ciudadano, de los trabajadores y de quienes más lo necesitan.

Quizá por esa pugna de realidades, pocos se atreven hoy a proclamar y defender la narrativa del “fin de la crisis”, aunque la Comisión Europea en agosto de 2017 la dio oficialmente por cerrada, tras constatar -al menos en el conjunto de la Unión- que el nivel de desempleo en el Viejo Continente está en sus niveles más bajos, y que el PIB comunitario crecerá este año por quinto año consecutivo.

UNA REFLEXIÓN FINAL

El somero repaso a algunas de las narrativas de la crisis económica española en sus distintas fases, durante la última década, sirve para tener una visión discursiva de este período y para advertir la importancia que en cada momento tuvieron ciertos conceptos, palabras y marcos de interpretación de lo que estaba sucediendo. En muchos de los



casos analizados, la utilización de ciertas herramientas retóricas -metáforas, eufemismos, creación de nuevos términos, etc.- sirvió para etiquetar con éxito las narrativas económicas de explicación de la actualidad que proponían en cada momento los gobiernos de turno, los partidos políticos o la clase empresarial. No en vano, como explica acertadamente George Lakoff en *Don't Think of an Elephant!: Know Your Values and Frame the Debate*, las palabras son la vía de entrada a los *frames* que moldean nuestra comprensión de la realidad.

Vistas en la distancia, estas sencillas narrativas que jalonaron la evolución del discurso público sobre la crisis, y que en muchos casos distorsionaron la reali-

dad desde ópticas interesadas, sin duda contribuyeron a configurar los estados de opinión pública y a condicionar la propia evolución de la situación económica. Como comenta Robert J. Shiller existen buenas razones para considerar que estas contagiosas y sencillas explicaciones de la situación económica son analizables como importantes factores exógenos que impactan en el comportamiento agregado de las economías. Por supuesto, como destaca el mismo autor, el análisis textual de los conceptos y estados de opinión que dominan la interpretación económica de situaciones como las crisis pueden ayudarnos a entender mejor las deliberadas manipulaciones y engaños que a menudo se sufren en esas circunstancias.